

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 415

Barcelona, 23 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Hoy no hay más problema que el de la independencia francesa. No hay otro camino de salvación para la independencia francesa que la independencia de España.

España, muralla de nuestras libertades

Hace dos años que vivimos bajo el régimen del miedo. Los hombres a quienes un movimiento irresistible del pueblo llevó al Poder, se han asustado de este Poder. Han tenido miedo de las reacciones de la reacción; aunque casi todo les era posible, han pensado en el Senado, en los rayos de Hitler y en los de la City. Han tenido miedo de M. Caillaux, de Hitler y de Chamberlain, y les ha faltado confianza en sí mismos y en nosotros.

A dónde nos lleva este temor, no vamos a decirlo a M. Delbos, ni a M. Bonet. Austria, anexionada; Checoslovaquia, cercada, y, quizá mañana, obligada a ceder, sin guerra, por un simple bloqueo del Tercer Reich, ensanchado, y de la Polonia de M. Beck; la Europa central, desorganizada; la alianza de los dos fascismos, consolidada por las concesiones hechas a uno y otro; la solidaridad de las democracias, más frágil que nunca; los amigos, agentes o empleados de los fascismos, más insolentes de lo que hubiesen osado serlo en junio de 1936; la finanza, intacta; la nuestra, amenazada, y por último, y, sobre todo, Francia, cercada.

Hoy no hay más problema que el de la independencia francesa. No hay otro camino de salvación para la independencia francesa que la independencia de España. La política practicada por Francia; esa política de embargo de las armas y de ruptura de contratos comerciales en vigor, que M. Delbos hubo de llamar «política de mi no intervención», ha llevado a España a dos dedos de su perdición. Hemos admitido el cinismo de los periódicos italianos alabando a sus legionarios; el de Hitler negando solemnemente a los republicanos el derecho a vencer: todo lo hemos aceptado. Los jefes de Francia tenían miedo.

La desesperación, el descorazonamiento no son actitudes políticas. Por difícil que sea la situación de Es-

paña, por difícil que sea socorrerla—cien veces más difícil resulta hoy ayudarla a resistir que el haberla ayudado antes a vencer—, no hay que renunciar a ello. Francia es aún una gran potencia, digan lo que quieran Hitler, Mussolini y Flandin. Francia puede aún tener su política: no es sólo la España de hoy quien pide socorro, sino, desde ahora, la Francia de mañana.

Francia, abandonada por todos aquellos a quienes nuestro Ministro hizo una visita de amistad, que más bien fué de despedida, y amenazada, por el Este, por el Santo Imperio Romano Germánico, y por el Sur, por una España desgarrada, que sólo el odio a nuestro país podrá reconciliar.

Este rencor—¡cuán justificado!—del pueblo español contra nosotros y esta propaganda—no menos justificada después de todo—de los fascistas vencedores, no serían el peligro menor.

«¡Qué!—dirán ellos—¿aun seguís creyendo en la democracia? Nosotros os hemos combatido: éramos vuestros adversarios; pero ésos «os han traicionado», y es muy cierto que se perdona más fácilmente a quien nos presenta batalla, que a quien nos traiciona cobardemente.»

«La vieja Francia está parálitica—dirán.

A quien conozca a nuestro pueblo, esta tontería le hará encoger los hombros; pero a quien considera nuestra acción en el mundo—y decimos acción por antítesis—, no le parecerá esto absurdo.

En España se juega nuestro destino. ¿Podemos tener miedo de nosotros hasta el punto de dejar que los combatientes republicanos, solos, decidan, sin el menor socorro por nuestra parte, si la Francia de mañana será libre o esclava?

André WURMSER

(«Vendredi», 18-III-1938.)

Los Gobiernos británico y francés han enviado una nota a los insurrectos españoles manifestando su horror ante los salvajes bombardeos de Barcelona

El Vaticano ha intervenido cerca de los facciosos insistiendo para que éstos renuncien al bombardeo de la población civil

Londres, 20.—El Gobierno británico, de acuerdo con el Gobierno francés, ha dirigido a los rebeldes españoles una nota en la que manifiesta su horror ante los salvajes bombardeos de Barcelona y declarándolos contrarios al derecho de gentes.—Havas.

GESTION DEL GOBIERNO BRITÁNICO CERCA DEL VATICANO

Londres, 21.—El Gobierno británico ha invitado al Vaticano a efectuar cerca de Franco una gestión semejante a la efectuada ya por Francia e Inglaterra, para evitar los bombardeos rebeldes contra las poblaciones civiles de la España republicana. El Gobierno británico ha enviado al Vaticano la copia de la nota que envió a Salamanca.—Reuter.

París, 21.—Telegrafían de Londres que en los centros diplomáticos británicos se anuncia que la copia de la nota inglesa de protesta a las «autoridades» de Salamanca por los bombardeos contra las poblaciones

civiles, ha sido entregada ya al Vaticano, con la demanda de que éste se asocie a la gestión anglofrancesa encaminada a poner fin a los horrores de los bombardeos aéreos contra poblaciones civiles españolas.

La nota británica de protesta a Salamanca fué entregada por el agente británico en dicha ciudad rebelde, sir Randolph Hodgson. La nota dirigida al Vaticano ha sido entregada por el Embajador de la Gran Bretaña en la Santa Sede.

Por otra parte, se agrega que la lista de aviones, de fabricación alemana e italiana, utilizados actualmente por Franco, dirigida por el Gobierno francés al británico, está siendo examinada detenidamente, en los momentos actuales, por los servicios competentes del Ministerio británico de Relaciones exteriores.—Havas.

INTERVENCION DE LA SANTA SEDE

Londres, 21.—Se anuncia que la Santa Sede ha intervenido cerca de

las «autoridades» de Salamanca, insistiendo para que, por humanitarismo, los rebeldes renuncien a los bombardeos de las ciudades y poblaciones civiles de la España republicana.—Fabra.

DECLARACIONES DE CORDELL HULL

Washington, 21.—El secretario de Estado, señor Cordell Hull, ha recibido a los periodistas, con los cuales ha comentado las informaciones relativas a los bombardeos aéreos de que ha sido víctima últimamente Barcelona.

Hull ha dicho:

«Creo expresarme en nombre de todo el pueblo norteamericano al manifestar mi sentimiento de horror ante lo que ha ocurrido en Barcelona, y al expresar la sincera esperanza de que en el futuro no sean tomados por objetivos los centros urbanos donde vive población civil.»—Fabra.

Los obispos norteamericanos denuncian los crímenes del fascismo en España

Nueva York, 21.—«Creemos nosotros—escriben 61 obispos de 36 Estados de la Confederación norteamericana, en una carta dirigida a los obispos católicos—que la guerra de España, empezada como una rebelión militar, se ha transformado en la realización de una parte del programa general de conquista de los países fascistas, los cuales se atreven a invocar la defensa de la Iglesia Católica y del cristianismo. Sabemos que la Iglesia Católica de los Estados Unidos ha mostrado tendencias favorables a Franco. Por lo tanto, sabiendo que la intervención de ésta tiene importancia, le pedimos que intervenga.»

La carta de los obispos norteamericanos de la Iglesia Evangélica, contiene una protesta contra los salvajes bombardeos de Barcelona y expresa la esperanza de que los obispos católicos protesten a su vez ante Salamanca.—Agencia España.

Varios diputados suizos protestan contra los bombardeos

Berna, 21.—Los bombardeos de Barcelona han producido gran impresión en Suiza. Varios diputados han dirigido preguntas al Gobierno acerca del resultado de la petición de la mayoría del Consejo federal en favor de una gestión contra los bombardeos de ciudades abiertas.—Agencia España.

LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES APELAN A NUMEROSAS PERSONALIDADES CIENTÍFICAS Y LITERARIAS DE INGLATERRA

Por iniciativa de la Casa de Cultura, un grupo de intelectuales españoles especialmente relacionados con los círculos universitarios de Inglaterra, ha enviado el siguiente telegrama a numerosas personalidades científicas y literarias de dicho país:

«La aviación militar alemana e italiana está reduciendo a escombros las ciudades españolas. La Universidad de Barcelona, el Instituto Cajal y otros centros de cultura, han sido casi destruidos. En un solo día los atroces e incesantes bombardeos han producido en Barcelona cientos de muertos. Como españoles de conciencia democrática, dedicados a actividades científicas y literarias, protestamos contra estos monstruosos crímenes, y acudimos a los rectos sentimientos de nuestros colegas ingleses, recabando su apoyo en defensa de la independencia de España y de los principios universales de humanidad, justicia y derecho. Pedimos a usted que ejerza toda su influencia para que el Gobierno inglés impida la continuación de estos crímenes,

que no sólo destruyen a España, sino que van dirigidos contra la civilización y la paz del mundo.»

Firman este telegrama: Jacinto Benavente, Ignacio Bolívar, Pío del Río Horteiga, Pedro Bosch Gimpera, Enrique Moles, Arturo Duperier y José Xirau.

El terror nazi en Austria

Viena, 21.—Según noticias particulares, en Austria se han registrado más de mil «suicidios» durante una semana. El jefe legitimista austriaco, coronel Wolf, se ha suicidado después de haber disparado contra unos oficiales alemanes. La hija del director de orquesta Bruno Walter ha sido detenida. De los ministros del Gobierno Schuschnigg, sólo se ha salvado Zernatt, que tuvo tiempo de huir a Checoslovaquia. Los demás han sido detenidos. Durante la noche continúan las detenciones y los robos, especialmente de automóviles. Han desaparecido más de 300, además de los requisados por las autoridades alemanas. Han sido confiscados los bienes del músico Oscar Strauss.—Agencia España.

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.

España en pago de Austria

En cuarenta y ocho horas, el Führer ha suprimido un Estado del mapa del mundo y ha añadido al Reich una provincia, demostrando, a la vez, el poder de su voluntad y la rapidez de su decisión. Mientras tanto, Francia buscaba un Gobierno e Inglaterra balbuceaba.

Mientras tanto, también, el eco del triunfo de Viena se hacía oír en España. Hitler pagaba a Mussolini su sumisión: «Para mí la Europa central, para ti el Mediterráneo». Los aviones alemanes, los cañones alemanes, unidos a los aviones, a los cañones y a las tropas fascistas, comenzaban a asegurar a Franco, portador de todas las esperanzas de los «nacionales» franceses, una victoria que colmaría, al fin, los deseos de nuestros patriotas, instalando en toda la frontera de los Pirineos, las baterías del Reich.

La ofensiva italoalemana, que ha llevado a los re-

beldes a las puertas de Cataluña y amenaza con cortar en dos a la España que ha permanecido leal, no es más que la réplica al golpe de Viena. Las potencias totalitarias se instalan en una Europa que tiembla ante ellas, y, cada día que pasa, acrecienta y organiza su potencia. Del Báltico al Mediterráneo, la línea de fuerza es continua: Alemania e Italia han abierto la puerta del Brenner. La «Gran Alemania» no es más que una hábil diversión, destinada a engañar a los ingenuos que caen en la trampa del fascismo y hallan justificaciones a la acción hitleriana. Las fábricas checoslovacas, el trigo húngaro, el petróleo rumano interesan tanto al Führer como las minorías alemanas. Estos beneficios son las condiciones de la guerra. ¿Y quién le impedirá adquirirlos?

(«Vendredi», 18-III-1938.)

Dictaduras de bronce

La «España imperial» a través del pasado

SUMARIO

Prólogo.—I. El despota español.—II. La «caridad» hispánica.—III. Los de la «civilización de Occidente».—IV. La verdadera anti-España. V. El «truco» escénico del bolchevismo.—VI. Neofilantropismo de los imperialistas.—VII. El trogloditismo.—VIII. Corrupción y libertinaje.—IX. Intensificación de la miseria.

Epílogo: «Sed amos prudentes, y vended vuestros esclavos y caballos cuando se vayan haciendo viejos.»—CA-TÓN.

PROLOGO

En 1931, España rompió con el pasado para inaugurar una era de reagrupamiento íntimo, consciente de sus valores nacionales, y con una misión de paz en el exterior. Pero el mismo día en que nacía esa España «verdadera», surgía entre las fuerzas anónimas del poder y del dinero la pseudo-España de Salamanca o Burgos; es decir, la España que había perdido un imperio y vendido las riquezas del suelo hispano al extranjero, y exterminaba a la raza, violando los códigos escritos y los códigos del Derecho natural.

He aquí, sintetizado, el problema que ha planteado Salamanca con las dos Españas: la que tira para atrás y la que corre hacia adelante.

Puede decirse que la España que avanza no conoció la tranquilidad ni el sosiego desde el triunfo electoral del 14 de abril. Sufrió, primero, la presión económica en el interior y la huida de capitales hacia el extranjero. Después, la acción directa de los pistoleros a sueldo, las huelgas, los «boycottages» y los «lock-outs». Más tarde, las represiones en masa del bienio negro, etc., para llegar, al fin, a la germanización y romanización de las provincias que ocupan los pretorianos.

Para revelar los ocultos propósitos de los despotas inventores de la «España imperial» —¡qué sarcasmo!— y sus miserables partidas, hemos reunido en este trabajo algunos datos dispersos, agrupándolos de tal forma, que descubran el cáncer oculto que corroía a España, y los motivos de la batalla que dan los españoles contra sus más odiados enemigos: los dictadores de bronce.

Conviene añadir que no de una

vez, sino lentamente, se ha formado este odio. Tal como le comprendemos, es el fruto de una experiencia larga y dolorosa que ha operado sobre los españoles en el transcurso de los siglos.

Vamos a trazar, a grandes rasgos, el origen de este odio, si bien concretándonos a hechos recientes.

I.—EL DESPOTA ESPAÑOL

La historia de España es la historia del sufrimiento del pueblo hispano: unas oligarquías que explotaban a los españoles y un Estado al servicio de las oligarquías. Y era tal la perversión de la clase dirigente, que parecía revivir la barbarie en España.

La locura de los amos había llegado al extremo de que el dinero que gastaba en un día el supremo propietario, valía más que todos los jornales que ganaba un obrero durante un año. Por mero capricho, existían millares de hectáreas sin cultivar, destinadas a cotos de caza y jardines de los favorecidos por la fortuna. Recordamos a un ex marqués de la Torrecilla — jefe superior de Palacio en tiempos de María Cristina —, que, abrasado por la sed de oro, se revolcaba desnudo sobre montones de monedas. El ex rey pagaba a su alta servidumbre en oro. Para comer el pescado fresco, el ex duque de Medinaceli enviaba desde Madrid un automóvil pro-

prio a los puertos del Cantábrico. La ex duquesa Cayetana, hija del ex duque de Alba, se bañaba en una piscina de oro. La ex marquesa de Arón, de Bendaña, etc., poseían magníficas habitaciones para los caballos de carrera y verdaderas «cuadras» para los criados, los palafreneros y sus familias... La pluma se resiste a describir las crueldades de estos despotas para satisfacer su voluptuosidad refinada.

Aseguraba un escritor que en los últimos años de Alfonso XIII, casi el 10 por 100 del pueblo español pedía limosna en forma más o menos decorosa; un 25 por 100 no la daba, porque estaba próximo a caer en la miseria; más del 50 por 100 vivía de milagro, cargado de deudas, y apenas el 1 por 100 disfrutaba de los placeres de la vida.

II.—LA «CARIDAD» HISPÁNICA

En España, la caridad estaba representada por una cifra: los 388 y pico millones de pesetas cerca, a costa del Presupuesto del Estado, se repartían anualmente los arzobispos, curas y frailes, no para servir a Dios, sino para satisfacer los estímulos de su estómago.

En general, los religiosos eran ególatras. Causas morales y fisiológicas bien sencillas, principalmente la decadencia del espíritu cristiano, hicieron de la Re-

ligión en España mera exhibición, utilizando las riquezas en beneficio único de los religiosos. Y se los veía desfilar entre la estupidez individual y la colectiva; entre la calumnia sistemática de todos los buenos y la seducción de las viudas ricas para heredarlas; entre la atracción de gente moza para fomentar la secta y el abuso del sagrado ministerio.

Sin embargo, mientras clérigos y religiosos disfrutaban de los millones de pesetas acumulados, el pueblo español vivía sumido en la mayor pobreza. Un pequeño detalle demostrará que no exageramos.

En los primeros días de la sublevación militar, fueron encontrados: en el palacio episcopal de Girona, 32 millones de pesetas; en el edificio de las Escuelas, de Madrid, 1.500.000 pesetas; en la calle de Valverde, de Madrid, edificio de los Agustinos, dos millones de pesetas; en la Parroquia de los Angeles, de Madrid, 400.600 pesetas; en poder del canónigo de la ex casa real Gerardo González de Septien, dos millones de pesetas; en el domicilio del jesuita Eduardo Soler Romero, en Valencia, 15 millones de pesetas; a las Hermanitas de los Pobres (?), 93 millones de pesetas, etc., etc. La primera lista arrojó una cifra superior a 241 millones de pesetas.

III.—LO DE LA «CIVILIZACIÓN DE OCCIDENTE»

Sin duda, éstos eran los principios de la España imperial y clericalista. Había que salvar la «civilización de Occidente», o sea: la ética de los despotas y la moral de los religiosos ególatras. Y lo extraordinario es que, en esta singular batalla, se quiere exterminar a un pueblo que tiene hambre de veinte generaciones.

La mayoría de los hogares destruidos por los aeroplanos italoalemanes, fueron deshechos anteriormente por los hombres de bronce, y la mayoría de esos niños destruidos por la metralla imperialista, fueron flores fecundadas aprisa en un claro de la lucha contra la tiranía y la avaricia, entre las imágenes del «guardia civil» y el látigo del «señorito»; es decir: en plena «civilización de Occidente».

(Continuará.)

El pastor Fliedner, de la Iglesia evangélica española, ha perecido víctima de la Gestapo

«En la República española vemos la autoridad, el Derecho y la Ley», ha dicho el hermano del bondadoso pastor sacrificado por Hitler

Nuestro corresponsal en Berna comunica que el pastor protestante madrileño Teodoro Fliedner ha fallecido en Alemania en circunstancias misteriosas.

El señor Fliedner salió de España para asistir a la Conferencia de Oxford y para hablar en Inglaterra, Holanda y Suiza en favor de la República española. Su palabra veraz prestó un gran servicio a nuestra causa. Atraído no se sabe cómo, hacia Alemania, no le fué ya posible salir de allí, retenido — según el filofascista «Journal de Geneve» — por la enfermedad que acaba de arrebatarse la vida.

La verdad es que el pastor Fliedner ha sido víctima de los procedimientos represivos de Hitler y de la Gestapo. No ha muerto de muerte natural. Su hermano, Juan Fliedner, que asistió con él a la Conferencia de

Oxford, lo ha esperado inútilmente en Madrid.

Cuando Juan Fliedner, de regreso de Inglaterra, se detuvo en Valencia, hizo varias interesantes manifestaciones y prometió que su hermano las completaría.

«Teodoro no puede tardar. No publiquen nada hasta que él regrese. Será cuestión de unos días. Ha ido a realizar unas gestiones cerca del clero protestante. Le han prometido no poner ninguna dificultad a su regreso.

La Gestapo le atrajo con engaños y habilidades, y, una vez que le tuvo entre sus redes, no le dejó escapar. A las torturas de que han sido objeto los pastores alemanes, hay que añadir la de este pastor español, cuya ancianidad no ha sido respetada. Teodoro Fliedner enfermó de disgusto y de desesperación al darse cuenta del lazo en que había caído. To-

das las gestiones realizadas para que se devolviese la libertad a este ciudadano de nuestro país, fueron inútiles. Su apellido de nada sirvió para que los esbirros del nazismo se negasen a soltar la presa. El pastor español, respetado y querido por Madrid entero, figura de entraña popular, hondamente arraigada en los Cuatro Caminos, había cometido el delito de defender a España y a sus hijos, contra las abominables calumnias de la propaganda de Goebbels. Su amor a la verdad ha sido castigado con la muerte en el más espantoso aislamiento. Su bondad, que le hacía amar la paz y el perdón, fué la causa de que los bárbaros instrumentos de la guerra, le hicieran perecer.

Hitler no podía tolerar que un ario proclamase a la faz del mundo que en la España leal era plenamente respetada la religión;

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

que los milicianos, incluso en los períodos más graves de la lucha armada contra la rebelión militar, se descubrieron al entrar en la iglesia evangélica, y que el culto cristiano no se interrumpió en Madrid un solo día. Esto era un argumento decisivo contra la gran patraña de la Guerra Santa. El primero y más despreciable de los agresores de nuestra patria no podía consentirlo. Y por eso le condenó a morir en silencio, desesperado ante la injusticia, víctima del cumplimiento de su deber.

He aquí unas palabras de su hermano Juan:

«En la República vemos la autoridad, el Derecho y la Ley. La monarquía no nos permitió tener torres ni signos exteriores que demostraran el destino que se daba a nuestros edificios religiosos. Ahora damos gracias a Dios de no haber tenido campanarios, porque los enemigos de España no han podido poner en ellos ametralladoras para disparar contra el pueblo.»

Las cinco iglesias protestantes que hay en Madrid han elevado diariamente sus preces bajo la intolerancia de los cañones de Franco y con la custodia de la República, que amparó siempre toda clase de ejercicio religioso que no estuviese mezclado con la política.

—Si predicán política — dice el pastor Juan Fliedner — entonces el ejercicio no es religioso.

En la gestación de la revuelta tuvo gran participación una iglesia jesuítica que realizaba un constante trabajo de zapa.

Cuando la Duquesa de Atholl estuvo en Madrid, asistió al culto de la misma iglesia en que el pastor Fliedner casó, en plena revolución, al teniente de carabineros Ruet, nieto de aquel otro Ruet que fué durante la primera República uno de los adalides de la libertad de conciencia.

Fué la misma Duquesa quien más insistió en que la Iglesia Evangélica española estuviera representada en el Congreso Ecu-ménico de Oxford, que reunió a todas las iglesias protestantes y a la griega ortodoxa para tratar de las relaciones entre el Estado, la Iglesia y el pueblo. Don Teodoro Fliedner ostentó esa representación y salió de España para no regresar a ella jamás.

La Iglesia Evangélica sólo fué atropellada en tiempos de Primo de Rivera. El jocoso estratega del casino de Jerez dió orden de que se borrara de la fachada del edificio religioso de la calle de Calatrava un rótulo en el que simplemente se decía: «Iglesia de Jesús».

Los cañones de Franco y las torturas de la Gestapo han completado la obra.

Alemania comunica a la Sociedad de Naciones que Austria ha dejado de existir

Ginebra, 21.—El Secretariado general de la Sociedad de Naciones ha recibido una nota del Gobierno alemán informándole de que, «habiendo dejado de existir Austria como Estado soberano, ya no debía ser considerado como miembro de la Sociedad de Naciones».

(«El Diluvio», Barcelona, 22-III-1938.)

SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación.)

Decidí que, con mi trozo de vidrio en el bolsillo, ya no tenía por qué pasar hambre, y me comí de una sentada todo el pan y la mitad de la carne. Lo único que faltaba para que mi felicidad fuese perfecta, era un vaso de agua. Pero no hay que pedirle demasiado a la vida. Me agazapé de nuevo entre la paja, me rasqué un ratito y volví a dormirme.

A las diez de la noche, me despertó el ruido de pasos en los corredores. Ya era un experto diagnosticando los ruidos de la cárcel, y comprendí enseguida que traían una nueva tanda de prisioneros. Se abrieron las puertas de algunas celdas cercanas, que se habían quedado vacías al conjuro de la aceitosa voz matinal; luego volvieron a cerrarse. Mi puerta también se abrió. Un muchacho joven entró, violentamente empujado desde fuera. La celda se cerró enseguida tras él. Permaneció apoyado contra la pared y cabizbajo. Su camisa estaba desgarrada y llena de sangre, según costumbre. También había visto ya otras veces cabezas contusionadas como la suya y ojos con aquella mirada casi salvaje. Sin embargo, había algo en el rostro de aquel hombre, completamente nuevo para mí; una irregularidad anatómica, que al principio no distinguía: tenía la mandíbula inferior dislocada y fuera de sitio; ladeada de tal manera, que parecía como si se la hubieran colocado del revés. Al verlo, me sentí mal.

Abandoné mi jergón y le hice señas para que se sentara en la cama. No contestó. Le cogí de la mano, acercándolo a la cama y ayudándole a sentarse. Seguía mirando a lo lejos, tocándose la mandíbula con la mano, y encogiéndose, como si se hubiera quemado. Sin saber qué hacer, le ofrecí el *comed beef* que me sobraba; pero se limitó a apartar la cabeza. Por lo visto, no podía hablar, ni comer, ni pensar, seguramente. Sólo podía sufrir, tener miedo y esperar el golpe de gracia.

Me senté frente a él en el suelo, teniéndole la mano. Después de un rato, la solté. Palpando lentamente su cinturón, sacó dos colillas. Las cogí y encendí una de ellas; era tan diminuta, que me vi obligado a inclinar hacia atrás la cabeza para no abrasarme las narices y los labios. El pobre despojo humano sonrió con la mirada, indicándome que guardase la otra colilla, puesto que no la podría gastar. Me quedé sentado ante él unos minutos, sin atreverme a hablar; cualquier palabra de consuelo me hubiera parecido infantil y casi una blasfemia. Sólo más tarde, en Sevilla, aprendí que todo prisionero, por desesperado que sea su caso, siente algún alivio, cuando le dicen que no le va a pasar nada, que seguramente lo soltarán pronto, y otras pamemas por el estilo. La lógica de estas aserciones carece de importancia; una mera afirmación es suficiente: la asimila como un remedio.

En Sevilla, tres de nosotros conseguimos acunar así, hasta su muerte, a un pequeño miliciano, a quien el fusilamiento asustaba aún más que a los otros. Sabía que mentíamos, y sabíamos también que él no lo ignoraba; pero conseguimos animarlo, y nos agradeció como un niño aquellas palabras, que nada nos costaron.

Aquel silencioso *tête a tête* duró unos minutos. Luego se llevaron a mi huésped. Cruzó la puerta sin volver la cabeza. Lo condujeron hacia la izquierda de la verja de entrada. No oí que ninguna celda se cerrara sobre él.

Requiescat in pace.

Mi olímpica serenidad se había disipado y sentía nuevamente toda mi angustia. Ya era hora de que el trozo de vidrio entrara en juego; pero mi apatía era demasiado grande para intentar nada. Todo me importaba un bledo: sólo deseaba meterme en mi jergón y buscar el olvido. Yo estaba plenamente convencido de que no me suicidaba, por dejadez y pereza. Me estaba engañando de nuevo. El instinto de conservación, tan agudo e indestructible, adopta las máscaras más sutiles.

Por la mañana, se me presentó con la toga de Sócrates, que apura tranquilamente su trago de cicuta. La máscara había servido su propósito: ayudar al espíritu en un mal momento. Ahora aparecía bajo otra forma: la de San Simeón, el Estilita, que se agazapa en su columna y deja que le coman los gusanos.

Esa noche la voz aceitosa resonó sólo una vez. Ya no contaba los nombres. Yo seguía metido en mi jergón, adormilado y convencido de que nada en el mundo podría conmover mi indiferencia; tan seguro de esto, como lo estuve de que esa mañana sería la última que pasaba en la tierra. No salí de mi jergón hasta la tarde del día siguiente, viernes. Y eso, para coger la comida: un pedazo de pan y una lata de judías blancas. Fué mi primer encuentro con las habichuelas de la cárcel, y no lo hallé muy agradable.

Un poco más tarde, alguien del pasillo empezó a pedir agua.

—¡Agua, agua! —gritaba golpeando la puerta con los puños.

Esto me pareció una gran idea: las judías me habían dado sed y mi interminable siesta había despertado mi actividad. Yo también aporreé la puerta gritando: «¡Agua, agua!» Un tercer prisionero nos imitó, y, a poco rato, el corredor entero golpeaba y clamaba: «¡Agua, agua!»

Llegaron los carceleros, furiosos, llenándonos de improperios desde el pasillo. Hubo unos minutos de silencio. Luego empecé nuevamente a aporrear y gritar; los otros me siguieron. Pensé que vendrían a pegarme; pero esto no me asustaba lo más mínimo. Al contrario, deseaba que, al fin, ocurriera algo. No lo hacía por rabia, sino porque estaba nervioso y necesitaba actuar. Refrescado por mi largo sueño, me hallaba despabilado y en una terrible tensión. Me causaba horror aporrear y chillar.

Después de unos minutos, nuestros esfuerzos se vieron recompensados. Los carceleros trajeron una gran tina de agua y bebimos por turnos. Me dieron a escoger entre beber en la lata de las judías, aun grasienta, o en el cecillo. Elegí este último. Bebí tres veces e hice chascar mis labios lo mismo que el «oso».

Mi afán patológico de hacer algo, persistía. Decidí escribir una novela corta, *in mente*, claro está. Empecé una historia de animales: un perro acostumbrado a ir en auto con su amo y que, cuando éste se arruina y vende el coche, cae en una especie de melancolía. Iba a ser una historia muy graciosa; pero, tras las primeras frases, adquirió un acento tan sentimental, que lo taché todo, mentalmente, con lápiz azul.

Luego me dediqué a descifrar las inscripciones de las paredes. Eran, casi todas, nombres con las fechas del arresto y llegaban hasta 1934: quizás el último año en que blanquearon la celda. Algunos nombres iban seguidos de protestas de inocencia; el prisionero contaba, sin duda, con que lo leyera algún guardián e informara a sus superiores.

Todas las inscripciones correspondían al período anterior a las elecciones de febrero de 1936.

No había versos ni obscenidades entre aquellas inscripciones. Sólo algún nombre de mujer con atributos poéticos a su alrededor. Incluso el clásico corazón, atravesado por la flecha de Cupido—cuyo natural albergue está en los troncos de los árboles y en los bancos de los parques—aparecía sólo dos veces.

De un modo o de otro, pasó también aquella noche. Tras la excitación de las últimas veinticuatro horas, con sus continuos altibajos, me hallé en un estado de ánimo casi normal. Pensé que llevaba cuatro días detenido, sin que me hubieran interrogado. Ser fusilado sin comparecer ante un Tribunal, era una posibilidad descartada, fuera de las matanzas que seguían inmediatamente a la toma de una población. Mi suerte mejoraría cuando todo se estabilizara. Pero, vistas objetivamente, mis posibilidades de mejora eran más bien escasas.

Mi libro, con su documentación acerca de las atrocidades cometidas por los rebeldes, estaba ahí acusándome; y el hecho de haberme «colado» en Sevilla, denunciando los delitos contra el pacto de no intervención, era más que suficiente para ser condenado por un Tribunal de Franco, sin contar con el odio personalísimo de Bolín.

Por otra parte, esperaba que la noticia de mi detención hubiera llegado a Londres y que suscitara protestas.

El tiempo trabajaría en mi favor. Un cinco

por ciento de probabilidades es preferible a no tener ninguna.

Mis horas de insomnio transcurrieron entre estas reflexiones.

Pero yo no sabía que el Consejo de guerra en Málaga había pronunciado mi sentencia de muerte, sin que yo apareciera ante él.

Tampoco sabía que hasta ese día—sábado, 13 de febrero de 1937—habían sido fusilados 5.000 hombres en la ciudad: 600, solamente de mi propia cárcel.

III

Hacia el medio día del sábado, cuarto de mi detención, la puerta de mi celda se abrió de par en par. Fuera vi, en vez de los ya familiares carceleros, dos guardias civiles con rifles y bayonetas.

—Venga—dijeron.

Aun me quedaba un cigarro en el bolsillo. Llevaba tres días sin fumar; pero guardaba este cigarrillo para cuando la voz aceitosa dijera mi nombre. Me preocupaba componer mi actitud durante esos últimos instantes, y pensé que el fumar me ayudaría.

Cuando vi a los dos hombres, de pie, con sus bayonetas frente a mi celda, creí llegado el momento de encenderlo. Acababa de ponerme el cigarrillo en la boca, cuando uno de los guardias sacó de su bolsillo un objeto que me alivió mucho: unas esposas de acero. Sabía que atan con una cuerda las manos de los condenados a muerte; las esposas escasean, y resulta demasiado laborioso quitarlas de un cadáver. La única fábrica española de esposas está en Bilbao, y esta ciudad se hallaba entonces en poder del Gobierno. En el mercado español sobraba ganado para el matadero, pero faltaban esposas.

En aquel momento las esposas de metal relucientes fueron para mí el más confortador espectáculo. Crucé las manos mansamente y las esposas se cerraron con un clic. Me maravilló que un parto tan sencillo tuviese un mecanismo tan complicado. En cada puño había una ruedecilla dentada para poderlo ajustar a cualquier muñeca. Incluso el más viejo de los guardias me preguntó si el cierre no me hacía daño. No lo hizo por amabilidad, ni tampoco irónicamente, sino en el tono natural de un sastre que está probándole el traje a un cliente. Después atravesamos los pasillos y salimos a la calle.

Frente a la verja de la cárcel había un camión y un auto de *sport*, muy elegante. Nos dirigimos hacia éste. Sobre el *capot* lucía cuatro placas de cobre: la primera tenía grabada una *swástica* entre las alas; la segunda, los haces romanos; la tercera, las cinco flechas negras de Falange Española, y la cuarta, el escudo de los Borbones. Esta última estaba de *trop*.

Un oficial, que empuñaba un látigo, se precipitó a comunicarnos que se incautaba del coche y que el camión estaba bien para nosotros. Mis guardias, muy molestos, no se atrevieron, sin embargo, a protestar, y trepamos al camión, cargado ya con cuarenta prisioneros y sus correspondientes escoltas.

Me sentí tan animado por el aire fresco y el cambio tras cuatro días de cárcel, que miré casi alegremente a mis compañeros.

Observé que llevaban las manos atadas con cuerdas; otros estaban ligados, con cuerdas más largas, por grupos de diez o quince.

Ibamos como sardinas en banasta. Al arrancar el camión, tuvimos que apoyarnos los unos en los otros, incluyendo a los guardias para no perder equilibrio. Había el mismo número de guardias civiles que de víctimas. Con el fusil de una mano, buscaban apoyo con la otra, sin preocuparse de que el vecino fuera un compañero, o un hombre al que fusilarían media hora después metiéndole una bala por los ojos o las narices.

Todavía conservaba mi pitillo sin encender entre los labios. El guardia que me esposó iba a encender su cigarro e hizo ademán de darme lumbre. Le dije que era el último y que prefería dejarlo para luego. Entonces me hizo un pitillo, y ofreció su petaca y papel a todos los demás. Un guardia ayudó a los prisioneros que tenían las esposas demasiado justas, haciéndoles el cigarro y teniéndoselo mientras lo pegaban.

Los guardias civiles parecían campesinos o labradores andaluces, y los prisioneros, también. No existía la menor hostilidad entre ambos grupos. Dijérase que éramos una pandilla de excursión, lejos de la ciudad y su bullicio. Llegados a nuestro destino, cada uno cumpliría su misión; unos se alinearían contra un muro, mientras los otros los acribillarían de calientes proyectiles. Los dos grupos hubieran preferido jugar al *foot-ball*; pero no había que hablar de eso.

Cambiamos cigarrillos, apoyándonos unos en otros al cruzar los baches; pero nadie hablaba.

Hubo una excepción. Uno de los guardias que llevaba gafas y galones de sargento e iba bastante incómodo, apretujado contra el borde, dijo sonriéndole al vecino:

—A la vuelta estaremos más anchos.

Pero nadie contestó.

Cerca de la estación, nos detuvimos y bajé con mis dos guardias. El primero saltó, ayudándose—yo no podía utilizar las manos—y el otro bajó después. El camión reanudó su marcha. Los prisioneros nos miraron, y sentí envidia y desdén en sus miradas. Hasta los guardias civiles que quedaron en el camión, nos miraron con odio. Eramos gente «distinguida» que rompía los lazos de la suerte común. Los tres contemplamos el camión hasta que lo vimos desaparecer entre una nube de polvo. Uno de los guardias, volviéndose hacia mí, subió el gatillo de su escopeta para que no me quedase lugar a dudas.

Luego nos ofreció tabaco y entramos en la estación.

Este guardia era un tipo flaco y desgachado, con facciones caballunas. Tenía grandes dientes amarillos; la nariz, aplastada, y los ojos, atontados y bonachones, de un caballo de simón. Se llamaba Pedro.

El otro era bajito y fuerte, con un rostro sano y curtido de labrador. Se llamaba Luis.

Mientras estábamos en la sala de espera, le pregunté al larguirucho don Pedro dónde íbamos.

«A Sevilla», contestó, enseñándome una orden, a máquina, en la que se decía que el individuo A. K. debe ser conducido a Sevilla debidamente escoltado para entregarlo a la jurisdicción del comandante general del Ejército del Sur, general Gonzalo Queipo de Llano.

Yo esperaba ir a Burgos o a Salamanca. Entre todas las ciudades del globo, Sevilla era la que peor y menos amistosamente me sonaba, y de todos los poderes de este mundo, el que más podía temer era al general Gonzalo Queipo de Llano.

Hacia seis meses que nos habíamos enfrentado. La *interview* que le arranqué en un momento de descuido y el breve, pero poco halagador retrato que hice de él, se había publicado ya no sólo en la prensa, sino en un libro en Francia. Queipo leía en francés y mi libro estaba probablemente en su pupitre junto a mi *dossier*. Imagino su cara, al ver su carácter y su personalidad tan favorecidos en letra de imprenta. La idea de caer bajo la jurisdicción especial del general Queipo de Llano, suscitó en mí la reacción de un vagabundo en la selva, que acaba de pisarle la cola a un tigre.

Subimos al tren. Era un viejo ferrocarril con una maquinita absurda y unos minúsculos vagones, que parecían cajas de madera con ruedas. Nos abrimos paso en un compartimento ocupado por una familia campesina: padre, madre, abuela, una jovencita y un niño de pecho. La familia se apretujó, cediéndole respetuosamente a los guardias los dos asientos de las ventanillas. Yo me senté junto a don Pedro; a mi lado estaba la madre con el crío; enfrente, la abuela, y junto a ella, la hija adolescente. Era muy mona y miraba de reojo mi mugriento traje de corte extranjero aun reconocible. Oculté mis manos en las mangas, estilo fraile, para no exhibir tan pronto mis esposas. El tren arrancó.

La abuela entabló enseguida conversación con don Pedro y don Luis. Hablaron primero del tiempo, de la cosecha de naranjas, de la guerra. Supe que Motril había caído y se esperaba que Almería cayese de un momento a otro. Los campesinos y los guardias eludían dar su opinión o definirse; al hablar de Franco no decían los *nuestros*, sino los *nacionales*.

(Continúa en la pág. siguiente.)

Los guardias, refiriéndose al «otro lado», decían los «rojos»; pero la abuela los llamaba «los valencianos». La familia venía de Antequera. En los días caóticos de la sublevación se refugiaron, en Málaga, en casa de unos parientes, y después, no pudieron regresar a su pueblo, que estaba al otro lado del frente. Ahora, como los nacionales habían tomado Málaga, volvían a su casa.

Don Luis le preguntó al marido cómo iban las cosas en Málaga con los rojos. El hombre se encogió de hombros, diciendo que nunca le había preocupado la política. La madre suspiró murmurando que la guerra es una gran desgracia.

La abuela dijo que los extranjeros tenían la culpa de todo; en el otro lado, los rusos, y en éste, los alemanes y los italianos. Luego se golpeó la boca con la mano y preguntó, excusándose, si yo era un aviador alemán.

«No—le dije—; soy un periodista inglés».

La hija me miró con curiosidad. Don Pedro y don Luis sonrieron, pero se callaron discretamente.

La abuela quería saber qué pensaba el Rey de Inglaterra de todo el «dío español». Dije que Su Majestad no había llegado a conclusión alguna, porque las opiniones de sus consejeros eran algo contradictorias.

Entonces don Pedro preguntó, guiñando un ojo, luciendo su amarilla dentadura, si había rojos en Inglaterra. Don Luis me guiñó también con una ronca carcajada. Ambos me empujaron con sus rodillas y se hubieran ofendido de no entrar yo en el juego. Hice lo que pude por compartirlo. Era un secretillo entre los tres.

—Después de todo—dijo la abuela—, él es «rojo» también.

Esta reflexión provocó grandes risas en don Pedro y don Luis, mientras la abuela se mostraba orgullosa de la broma.

En vista de lo contentos que estábamos todos, la abuela, ayudada por la madre, bajó de la red la cesta de las provisiones y una botella de vino colorado.

Nos obsequió con un excelente chorizo, queso, pan blanco y vino. Los guardias aceptaron en seguida; yo me negué. Toda la familia insistió para que comiese. No saqué mis manos de las mangas. Era una situación molestísima. Los guardias se miraron; luego don Luis me cogió de un brazo, quitándome las esposas. Todos los de la familia se desojaban mirándome, inmóviles y abstraídos, como figuras de cera.

—¡Santa Madre de Dios!—gritó la abuela. Después me miró añadiendo por lo bajo: —¡Su pobre madre!

Entonces me dió chorizo y queso, e hizo la señal de la cruz sobre mí.

Me puse a comer y a secar el sudor que me humedecía la frente. La hija apartó la

vista, mordiéndose el labio y enrojeciendo como una amapola. El crío, que se arrastró en el suelo, mientras sacaban los víveres, se arrimó a don Luis, y ahora jugaba con las esposas.

Tardamos cuatro horas en llegar a Antequera. No era nuestra ruta: el tren da muchos rodeos. Comimos y bebimos muchísimo, pero no hablamos más. Cuando el silencio se hacía demasiado penoso, el taciturno labrador preguntaba:

—¿Quiere, el inglés, más chorizo?

—¿Tiene vino el inglés?

No se dirigía a mí directamente; pero la madre, que era el miembro más simpático y más tonto de la familia, dijo, poniéndome en la mano un trozo de pastel:

—Coma, señor. ¡Quién sabe cuánto tiempo podrá comer todavía!

(Continuará)

Los escritores ingleses se definen

En favor del Gobierno de la República

Profesor H. Levy:

«La quema de libros, la crucifixión de Abisinia y la destrucción de Guernica son testimonios de la bárbara embestida del fascismo contra la cultura y la civilización. Como hombre de ciencia, siempre en busca de conocimientos para el progreso humano, me pongo al lado de los que luchan contra el salvajismo, simbolizado por Hitler, Mussolini y Franco.»

Jack Lindsay:

«Creo que el fascismo es absolutamente maligno y destructor. Estoy, con todas las fibras de mi ser, al lado del pueblo de España, contra el ataque asesino de los residuos feudales, apoyados por Hitler y Mussolini, para realizar sus fines de guerra mundial imperialista. Creo que éste es un conflicto épico, en el que las ideas de «Libertad» y «Cultura» surgen con nuevo ímpetu, exigiéndonos de manera irresistible nuestra lealtad. Desentenderse de la lucha, cuando es esto lo que se ventila, es ser «subhumano».»

Eric Linklater:

«Mis simpatías están con el pueblo y el Gobierno de la España republicana. Soy contrario al fascismo y a Franco, y a todo lo que pone el valor místico de una totalidad imaginaria por encima de la inteligencia y de la libertad del individuo. Para la civilización europea, el fascismo es un peligro tan funesto y terrible como otro Diluvio, y el Arca del Covenant se ha ido a pique, por desgracia.»

F. L. Lucas:

«La civilización fué constituida por el individuo libre, para zafarse de la tribu; pero ahora, perdiendo valor, vuelve a aquella. El fascismo y el cesarismo son la cocaína de una pequeña burguesía, temerosa de justicia social, de ciencia, de progreso y de sí misma. Roma y la barbarie «nórdica», juntas, están hundiéndose a la nueva España en la mazmorra de la Edad Media y haciendo de Madrid un «auto de fe».»

Norah C. James:

«Estoy al lado del Gobierno legal y del pueblo de la España republicana, y en contra de Franco y del fascismo. ¿Qué otra actitud puede adoptar toda persona que tenga sentimientos humanitarios? El nacionalsocialismo, el odio y la guerra son plantas que,

inevitablemente, crecen en el fascismo.»

Rose Macanley:

«Contraria a Franco.»

Hugh Macdiarmid:

«Pertenezco al Partido Comunista y estoy enteramente al lado del Gobierno legal y del pueblo de la España republicana, como lo está la inmensa mayoría del pueblo de Escocia, en donde, en sucesivas elecciones generales, la mayor parte de los votos fueron para los socialistas, y, si hubiéramos logrado la independencia nacional, también tendríamos un Gobierno republicano desde hace tiempo. Prácticamente, todos los escritores escoceses de algún relieve son de la misma manera de pensar. Si no fuera por su relación con Inglaterra, el fascismo no podría levantar nunca la cabeza en Escocia. Si se nos somete a un terror fascista en Escocia, la culpa será del Gobierno de Londres, así como ahora es responsable de la tragedia infligida a nuestros camaradas españoles; tragedia que tiene que convertirse, y se convertirá, en victoria gloriosa sobre las fuerzas del obscurantismo, y terminará con la liquidación de Franco y de todos sus compañeros de asesinatos.»

A. G. Macdonell:

«1.º Puede usted apostar la vida asegurando que estoy al lado del Gobierno y del pueblo de la España republicana en su lucha contra la reacción, Prusia, los moros y los héroes de Caporetto y Guadalajara.

2.º También puede usted apostar la vida afirmando que estoy en contra de Franco y de todos los fascistas en cualquier país que se hallen.»

Louis Mac Neice:

«Apoyo, en España, al Gobierno legal. Normalmente, sólo apoyaría una causa con la esperanza de obtener algo de ella. En este caso, la razón es más fuerte: si esta causa se pierde, nadie que fíe en la civilización podrá obtener nada de nada.»

Charles Madge:

«Apoyo de todo corazón al Gobierno y al pueblo de España en su lucha contra la represión y el terror fascista.»

Tom Mann:

«Soy absolutamente partidario del Gobierno y del pueblo de la España republicana, y enemigo declarado del fascismo y de

Franco, su campeón español. Estoy de lleno a vuestro lado, y os agradezco que hayáis adoptado esta actitud.»

Francis Meynell:

«No puede haber honor sin libertad de expresión; no puede haber vida sin libertad de crecimiento; no puede haber amor sin libertad de oportunidad; no puede haber aventura espiritual sin libertad de esperanza. La filosofía fascista prohíbe todo esto, y la mayoría de los fascistas han demostrado ser no filósofos, sino sadistas. Usted dice: «Puede tocarnos a nosotros después». Nos toca ya, si «nosotros» y «nos» significan la solidaridad de los que prefieren la poesía a la práctica de la bayoneta.»

Naomi Mitchison:

«No hay problema para un hombre digno y bondadoso, y menos aún para un poeta o escritor, que debe ser más sensible. Tenemos que ser contrarios a Franco y al fascismo, y partidarios del pueblo de España.»

Ivor Montagu:

«Los cazadores de zorros, los que matan pájaros, los duques y los banqueros, son partidarios de Franco. Aunque no hubiera otra razón, en la República encontramos mejor compañía. Si nos durmiésemos mientras otros enloquecen al mundo, ¿quién se molestaría en despertarnos?»

Elinor Mordaunt:

«Como es natural, soy contraria a toda forma de despotismo, y creo que ningún infierno sería lo bastante malo para Franco y sus aliados, que han desencadenado tales horrores contra su propio pueblo. En cuanto al fascismo, creo que sería el terror más grande que jamás conociera Europa, si alguna vez se implantara en ella. En la «Historia de Crimea», de Kinglake, se hallan estas palabras: «Cuando Inglaterra es débil, no hay paz en Europa.»

Louise Morgan:

«Soy de mi época, y no, como algunos, un anacronismo. En lo profundo de mi corazón y de mi cerebro, siento alborozo por la lucha hacia la elevación de la masa humana. Por esto, si fuera libre, dedicaría todo mi tiempo a ayudar al pueblo de España, contra Franco y el fascismo.»

Raymond Mortimer:

«Como creo en la importancia y en el valor supremo de las mi-

La Duquesa de Atholl denuncia el material de guerra llegado recientemente a la zona rebelde española

Londres, 21.—En la Cámara de los Comunes fueron hechas numerosas preguntas al Gobierno sobre las infracciones a los acuerdos de no intervención en los asuntos de España, preguntas a las que los miembros del Gobierno contestaron observando la mayor prudencia.

Entre los parlamentarios que citaron informaciones relativas a la intervención alemana e italiana en la Península, figura la Duquesa de Atholl, perteneciente al Partido Conservador, la cual puntualizó que recientemente había llegado a la zona rebelde española el siguiente material:

2 grupos de 4 escuadrillas cada uno de aviones de bombardeo, tipo «Heinkel, 3».

2 grupos de aviones de caza, de 4 escuadrillas cada uno, compuestas por aparatos «Messerschmidt, 109».

2 escuadrillas de «Heinkel, 51».

1 grupo de aviones de reconocimiento «Heinkel, 17».

2 escuadrillas y una patrulla de «Heinkel, 45».

3 baterías de cañones pesados antiaéreos de 8'8 pulgadas.

2 baterías ligeras de 3'7 pulgadas.

Cada batería cuenta, además, con 2 ametralladoras antiaéreas de 20 milímetros.

Todas estas formaciones pertenecen al Ejército alemán y los nombres de sus comandantes son conocidos de todos.

El subsecretario de Estado, señor Butler, contestó que «había visto informaciones de esta índole, pero que no había tenido, sobre las mismas, ninguna confirmación definida», y añadió que hacía todos los esfuerzos que estaban a su alcance para obtener informaciones más completas sobre todas las cuestiones relacionadas con la situación de España.

Con motivo de estas ambiguas manifestaciones, se produjeron protestas en los escaños de la oposición, que se repitieron cuando el señor Butler repitió el conocido tópico de que «los combatientes de los dos bandos en lucha en España, habían recibido ayuda en hombres y material de fuente extranjera», por cuyo motivo el Comité de No Intervención era el que estaba mejor situado para tratar esta cuestión.»

norías; como creo que el hombre de ciencia y el artista tienen el deber y el derecho a hacer pública su labor, ya cuente, o no, con la aprobación del Gobierno; como creo que el porvenir de la civilización depende de la extensión de la libertad individual, tengo que considerar al fascismo como el enemigo declarado de la raza humana.»

Willa Muir:

«Estoy contra Franco y al lado del Gobierno de la España republicana, porque deseo que las personas vivan sin padecer presiones económicas, o de otro género, y gocen de libertad para desarrollar un ambiente creador de una nueva vida. Por esta razón, soy contrario al capitalismo en general.»

John Middleton Murry:

«Soy, en absoluto, partidario del Gobierno español y contrario a Franco. Pero esto no significa que sea partidario de la intervención inglesa en favor del Gobierno. Sin embargo, creo que el sistema actual de «no intervención» es muy injusto para el Gobierno español.»

Henry W. Nevins:

«Soy contrario a toda forma de dictadura y tiranía. Detesto los métodos crueles de persecución y

supresión que existen actualmente en Alemania y en Italia. Por consiguiente, detesto el sistema tiránico que Franco, con la ayuda apenas velada de Alemania y de Italia, trata de establecer en España. También lo considero como un peligro grave para los intereses británicos en el Mediterráneo.»

Robert Nichols:

«A mi juicio, tanto el fascismo como el comunismo llevan a la esclavitud espiritual e intelectual. Por lo tanto, como el Gobierno republicano español no es comunista, estoy a su favor, y soy opuesto a Franco.»

Sean O'Casey:

«Como es natural, soy partidario de una falange irrompible en torno a los que piensan y trabajan para todos los hombres, y estoy con aquellos que disparan contra la babosa, revestida de acero, del fascismo, desde la humeante barricada en llamas.»

**ESTE DIARIO SE
REPARTE GRA-
TUITAMENTE**